

## I

Aquel domingo (aquel, aquel domingo) mi hermano Mario estaba en la terraza de Ocampo 1812, haciendo un asado discreto, tranquilo: un par de pedazos de carne, un succulento morrón rojo, una ensalada lisa, sabrosa. Estaba muy nublado, amenazando lluvia en cualquier momento. Había sido una entrada rara en la ciudad. Más que en cualquier viaje de los últimos veinte años, digamos, había retrocedido... No, de hecho, había sentido que navegaba en ese momento mismo, dentro del ómnibus de larga distancia que entraba en la ciudad, en ese presente, en el viejo Rosario, el anterior, el profundo incluso.

○ Había algo no solo en el aire (del día anterior al día del asado, un sábado) sino en los árboles, en la escasez

de gente, en todo, que accedía a un núcleo medio intemporal. Con gran placer, una vez que bajé en Oroño y bulevar Seguí, el taxi tomó por Seguí mismo para después doblar por Italia, hacia Ocampo. Ganado por esa invasión de rosariez antigua, mía, pensé: «Qué bueno, pasaremos por el costado de la plaza Saavedra».

La esquina donde hoy, y en aquel día más bien cercano, está la parada del ómnibus que viene de Buenos Aires, queda a apenas unos metros del número 3671 de Oroño: un pasillo largo de departamentos que resiste exactamente igual a la época en que todos vivíamos en uno de esos departamentos, cuando todavía Oroño era calle de tierra a esa altura. Para respirar, para jugar, para joder un poco, solíamos ir los sucesivos hermanos que iban llegando (finalmente seis, sumados) a la no tan cercana para nosotros, aún niños, plaza Saavedra, solos o acompañados por mi madre. Con el tiempo, la tibia promesa de aventura de «ir a la plaza», nunca cumplida, porque la plaza Saavedra siempre fue un poco pelada, un poco meramente conceptual, con pocos árboles y arbustos, no plaza

hecha y derecha, se concretó cuando empezamos cada vez más a ir en cambio al Parque Independencia. Ahí nos recuerdo acompañados más bien por mi padre.

Cuando pasó el taxi junto a la plaza, la miré sin embargo, como varias veces anteriores en que el taxi hizo el mismo recorrido, sonriente, agradecido. Hoy está aun más pelada. No se ve ni siquiera la estatua de Saavedra en el centro (¿o al costado?), que estaba entonces. Pero abarcaba, como debe ser, una manzana entera, y lo que le faltaba de aventura le sobraba de espacio, y había sido una pieza clave de, como diría Alan Pauls, el pasado.

Cuando llegué a la imprenta, a Ocampo 1812, Mario me develó por qué yo había sentido aquella sensación al entrar en la ciudad. Con un dato adicional importante: el gran cartel de fiambre que da la bienvenida ahora no mostraba mortadelas ni jamones, sino solo la marca, grande: Paladini. Y diré más: en el momento mismo en que me asombraba suavemente del hecho, una moto entró a Oroño por debajo del cartel y era, propiamente, una moto de otros tiempos: roja,

un poco machucada. En Rosario, me explicó Mario, se había producido una sequía más larga que nunca, de casi ocho («o siete, no me acuerdo bien», dijo) meses sin llover. Era cierto. Estábamos en octubre, fecha en que los árboles, por suerte hoy más abundantes que en aquel entonces, muestran un follaje polentoso, abundante, de la vida y la savia que han vuelto con la primavera. En cambio ahora se veían ramas no del todo peladas, pero sí exiguas, discretísimas, casi escuálidas.

Además, además estaban aquellos meses del «problema del campo», que, me había dicho por teléfono mi hermana María, habían hecho que la mayor parte del comercio chico facturara la mitad en el último par de meses. En fin, en fin, me dije, llevado por cierta tendencia a la repetición que me provocaba el asunto este de volver a sentir una especie de Rosario enterrado que de pronto salía a la superficie, en parte (no del todo) debido a la sequía. Como si en un estado de relax metafísico, que hacía años que no sentía, me sobrara energía, aun siendo escritor, como para repetir algunas palabras sin un sentido concreto, solo por el placer

demorado, la degustación, de ralentizar la frase. Hasta con ganas de hacer algún esguince «tipo criollo», al estilo de: «Como decía, digo», y seguir.

Pero volvamos, volvamos. Había llovido a la noche, fuerte, y ahora, a mediodía, el asado empezaba a hacerse y le dije, digo, a mi hermano Mario: «Voy a aprovechar para ir hasta el parque», que para nosotros siempre es, única y exclusivamente, el Parque Independencia. Mi hermano se rió, sacudiendo un poco el cuchillo con el que había estado trabajando para el asado mientras hablaba.

## II

Mi hermano sacudió un poco, apenas un poco, el cuchillo del asado, sin ninguna intención agresiva (incluso inconsciente). Sacudía un poco el cuchillo, mi hermano, y se reía otro poco, como diciendo: «Me jodiste: te vas a caminar por el Parque, y yo me quedo aquí, haciendo el asado». Pasa que en los últimos años, cuando vengo a Rosario, casi siempre hacemos caminatas largas con mi hermano por el Parque Independencia. Es

común, por ejemplo, que vayamos por Ocampo hasta el borde del Parque por Moreno, diciendo siempre, «Acá vive Saldaña», ante uno de los chalets enrejados de la última cuadra.

Una vez que llegamos a ese borde hay dos alternativas: o seguimos a la izquierda, y le entramos al Parque por la calle sinuosa que desemboca en el para entonces Gran Bulevar Oroño (por lo ancho, liso y metafísicamente monumental, rodeado de grandes árboles en vez de grandes casas), y sigue al otro lado bordeando el hipódromo. O tomamos para la derecha y entramos en esa zona de trastienda del Parque: casi todo el costado de Moreno tiene ramas caídas, cientos de pájaros, semi-baldíos o incluso baldíos francos donde juegan a la pelota algunos pibes o adolescentes, levantando una nube de polvo, sobre todo si hay sequía, con cierta semblanza de orden en el tramo del club Gimnasia y Esgrima (aunque también es como la trastienda del pituco club), hasta llegar a Cochabamba, donde ya se ve el tráfico de doble mano de avenida Pellegrini, el regreso de la ciudad y el ruido.